

LA CRISIS DE LOS EUA Y LA AMÉRICA LATINA

Antonio GARCÍA*

¿Cuáles son los principales factores de desequilibrio de la economía norteamericana de hoy y en qué medida afectan a América Latina?

Considero que son los mismos que caracterizan el actual proceso histórico de los Estados Unidos: la acentuada concentración y “conglomeración” de la economía, la expansión del complejo militar-industrial y la configuración de un sistema de capitalismo monopolista de estado. Ninguno de estos procesos ha conllevado una racionalización de la vida política y social y antes bien —pese a la actitud pragmática y conformista del proletariado industrial y al inusitado auge de los patrones característicos de la *sociedad de consumo*— se han profundizado los conflictos internos y han aflorado, violentamente, los nuevos factores que están conmocionando y desgarrando el “sistema norteamericano de vida”.

No sólo se ha hecho evidente la radical desaparición del “capitalismo competitivo” —el que parece haberse refugiado en los manuales norteamericanos de teoría económica— sino que se han definido los rasgos del capitalismo monopolista de estado, haciendo más agresivo y más complejo el fenómeno del imperialismo, más viable la estrategia de reparto de “áreas de influencia” entre grandes potencias atómicas y más difícil el camino de liberación de los países dependientes. El capitalismo monopolista de estado ha tenido una doble consecuencia para la América Latina: de una parte, ha dado una mayor coherencia y agresividad al proceso de penetración de los conglomerados norteamericanos en las áreas estratégicas del crecimiento latinoamericano, constituyéndose en núcleos de las modernas tendencias hacia la monopolización económica; y de otra, ha propagado en las naciones dependientes una ideología de liberalización económica, enderezada a dismantelar los órganos estatales de control, gestión y conducción del desarrollo y a impedir la adopción de formas modernas

* De la Universidad Nacional de Colombia.

de capitalismo de estado. Lo que equivale a decir que es precisamente el capitalismo monopolista de estado en la potencia hegemónica, la fuerza que impide en los países dependientes la utilización del capitalismo de estado como una estrategia defensiva. Por lo demás, los vehículos de operación no solamente han sido los organismos estatales o los conglomerados que operan en América Latina, sino las agencias internacionales —como el Fondo Monetario Internacional— que se han identificado con la ideología norteamericana de liberalización económica. Por medio de los modelos de estabilización monetaria del FMI, aun países que han estatizado la gran minería de exportación —como Bolivia— han debido renunciar a sus fundamentales conquistas y transferir al sector privado de comerciantes y banqueros las divisas obtenidas en la exportación estatal de minerales complejos: por una u otra vía, directa o indirecta, la liberalización económica ha conducido a la destrucción de las bases mismas del capitalismo de estado en América Latina.

El análisis del proceso actual de la economía norteamericana permite confirmar la teoría marxista acerca de la concentración y monopolización económicas (Lenin, Trotzky, R. Luxemburgo, Baran, Sweezy, Huberman, Mandel, Magdoff, Perlo, Ceceña, etcétera), así como el carácter de sujeto de formulaciones apoloéticas como las de W. W. Rostow. No sólo se acelera la dinámica de las fusiones de todo tipo —horizontales y verticales— sino que se consolida el diversificado aparato de los “conglomerados” (recientemente analizado por economistas latinoamericanos como Furtado, Carmona, Aguilar, Sunkel, Paz, Bedregal, etcétera), y se efectúa una inusitada expansión de los procesos de monopolización a todas las esferas de la economía capitalista (producción, comercio, transporte, estructuras financieras, medios de comunicación colectiva, etcétera). El número de grandes fusiones en la industria manufacturera pasó de 54 en el quinquenio 1949-1953 a 646 en el período 1964-1968; y los activos adquiridos a raíz de las grandes fusiones se elevaron de 1 400 millones de dólares en el primer período a 31 600 millones en el segundo, según Víctor Perlo. En 1948, el 48% de los activos totales de la industria manufacturera estaba controlada por 200 grandes corporaciones, cifra que se redujo a 100 en 1967. Un solo conglomerado —la *Litton Industries*— con un volumen de ventas de 2 000 millones de dólares en 1969 (equivalente a dos tercios de la exportación total de los países del Pacto Andino), declaraba poseer, en 1967, más de 1 900 empresas situadas en 25 países y en la mayoría de las regiones de los Estados Unidos. La *Ling-Temco-Vought* (conglomerado vinculado a la producción de

materiales de guerra), elevó sus ventas de 48 millones de dólares en 1959 a 2 770 millones en 1968 —aun antes de la escalada de Vietnam— utilizando recursos de crédito hasta el nivel de 1 651 millones en 1968, con un capital de 176 millones de dólares. El análisis de estas enormes estructuras revela no sólo la vinculación orgánica de los conglomerados con la constelación de los grandes bancos (10 de ellos con activos por valor de 92 000 millones de dólares), sino con la posibilidad de operar con recursos de crédito, originados en los múltiples mecanismos operacionales de la moderna estructura de financiamiento. Desde 1958, Eugene Varga analizó el carácter diversificado de esa estructura, de la que forman parte desde los depósitos bancarios hasta las reservas de las compañías de seguros. Precisamente en ese mismo año, el economista W. W. Rostow expuso las tesis maestras de *Las etapas del crecimiento económico*, diciendo, que en el caso de la concentración industrial, “simplemente afirmaríamos que las pruebas en los Estados Unidos, cuando menos, no indican en modo alguno que haya aumentado significativamente el grado de concentración en, digamos, los últimos cincuenta años”. “Además, agregaba, donde han persistido las concentraciones del poderío económico, se han visto obligadas a actuar, cada vez más, de acuerdo con las condiciones impuestas por el proceso político antes que por los únicos procedimientos de máximo rendimiento del propio mercado” (*op. cit.* Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 183).

La ola de fusiones en Estados Unidos (el 45% de las ocurridas en 1968 condujeron a la formación de conglomerados, según *The Economist*) ha desatado un proceso correlativo de “fusiones defensivas” en Europa Occidental e Inglaterra y de constitución de compañías multinacionales, especialmente en la industria química. En América Latina, ha promovido una oleada de liberalización económica, una integración o asociación de firmas locales a los consorcios y conglomerados norteamericanos y una mayor dependencia de las oligarquías latinoamericanas a las modernas estructuras de monopolización económica. Mientras han ido ampliándose las formas del capitalismo monopolista de estado en la nación hegemónica, la creciente liberalización económica en los países dependientes de América Latina se ha orientado en el sentido de provocar el desmantelamiento defensivo del estado, de sus órganos de gestión o de conducción económicas. Por medio de las políticas monetaristas de estabilización, el Fondo Monetario Internacional ha identificado el desequilibrio fiscal con las formas latinoamericanas de capitalismo de estado, imponiendo en Argen-

tina, Chile, Brasil, Bolivia, etcétera una política de transferencia de empresas estatales al sector privado.

A partir de la segunda posguerra mundial, las corrientes de la inversión norteamericana se han orientado hacia dos áreas neurálgicas del crecimiento de América Latina: la industria manufacturera (especialmente la de mayor complejidad tecnológica y más elevada densidad de capital) y el diversificado aparato de financiamiento. Sobre estos soportes se han montado las nuevas formas de la dependencia. Las agencias de los grandes bancos norteamericanos han entrado a operar como financiadoras directas de los consorcios y conglomerados norteamericanos —movilizando recursos originados en el propio ahorro interno de América Latina, en el sistema de depósitos o en el mercado del descuento en el banco central— y han acelerado el proceso de absorción de una cierta línea de bancos comerciales latinoamericanos. Si a este fenómeno se asocia la íntima vinculación metropolitana con las compañías de seguros, las corporaciones financieras y los “Fondos Mutuos”, podrá definirse la naturaleza y alcances del control norteamericano sobre la estructura latinoamericana de financiamiento. Es este tipo de control el que arma a los conglomerados norteamericanos de una enorme capacidad de movilizar los ahorros internos de América Latina y de disminuir el *aporte real* (en términos de recursos líquidos) de la inversión extranjera. Algunos de los grandes bancos norteamericanos que operan en Colombia, por ejemplo, no han necesitado siquiera pagar la totalidad del capital suscrito y otros no han importado sino los recursos indispensables para el financiamiento de la instalación física. La creciente influencia de la banca extranjera en Colombia podría explicar la posición colonialista de los banqueros colombianos —dentro del sistema subregional del Pacto Andino— frente a las líneas independientes (en relación al tratamiento de la inversión extranjera y específicamente a la vinculada a la estructura de financiamiento) de los gobiernos de Chile, Bolivia y Perú.

Dentro de este coherente marco operacional, ha podido incrementarse el volumen de “inversión norteamericana” en América Latina y ampliarse el grado de control ejercido por los conglomerados norteamericanos, apelando a la estrategia de manipular el propio ahorro interno o la capacidad de endeudamiento externo de la comunidad latinoamericana. Desde luego, esta fenomenología forma parte de una nueva y compleja estructura de dependencia y está articulada a los cambios operados en el sistema de las relaciones internacionales de intercambio de América Latina, especialmente en relación a tres as-

pectos: el de la utilización de una elevada proporción de las divisas originadas en las exportaciones primarias (70 u 80%) en el financiamiento de las importaciones, desde la nación metropolitana, de “tecnologías atadas”, bienes intermedios y de capital, destinados a alimentar el proceso de la *industrialización dependiente*; el de la intensa presión hacia el progresivo endeudamiento internacional; y el de la exportación de ahorro interno de América Latina hacia los “polos de atracción” de la nación metropolitana, en forma de depósitos bancarios e inversiones financieras. Por medio de estos sutiles mecanismos, no sólo se ha utilizado el ahorro latinoamericano *dentro* de las fronteras físicas de la América Latina, sino que se lo ha captado y movilizó dentro de los propios circuitos nacionales de los Estados Unidos, resultando así que el ahorro latinoamericano es uno de los recursos de financiamiento de las *exportaciones norteamericanas de capital*. El control ejercido sobre áreas básicas de la industria manufacturera y del aparato de financiamiento de América Latina, explica la extrema dependencia latinoamericana de las importaciones de *tecnologías atadas*, bienes intermedios y de capital desde los Estados Unidos, así como las intensas presiones hacia un acelerado endeudamiento internacional que no se orienta fundamentalmente hacia el financiamiento del desarrollo latinoamericano, sino hacia la expansión de las exportaciones metropolitanas a América Latina y la promoción de obras de infraestructura que benefician, sin costo alguno (como lo ha hecho notar José Luis Ceceña Gámez en su reciente ensayo “Reflexiones sobre el Capitalismo de Estado”)* a los conglomerados norteamericanos que operan con fuerza decisiva en la economía hemisférica.

Finalmente, debe mencionarse el papel sustancial que la economía de guerra desempeña en la conservación del ritmo de desarrollo de los Estados Unidos y en los recientes procesos de expansión externa. El moderno complejo militar-industrial está obligado a absorber una creciente proporción de los recursos destinados a la investigación científico-tecnológica y al desarrollo, y a responder a la estrategia del intervencionismo global norteamericano de posguerra. Este hecho central explica tanto el aumento de la participación militar en la formulación de la política externa de los Estados Unidos, como la influencia decisiva del complejo militar-industrial, la decadencia de los programas de ayuda “no militar”, los tipos de asistencia norteamericana a las fuerzas armadas de América Latina y el resquebrajamiento espec-

*Véase PROBLEMAS DEL DESARROLLO N° 5, octubre-diciembre 1970, pp. 17-34.

tacular del modelo kenediano de la Alianza para el Progreso. La envergadura de estos cambios en la nación hegemónica, es la clave de fenómenos como la "carrera armamentista" en la mayoría de los países latinoamericanos, la instalación de gobiernos que funcionan dentro del nuevo esquema "absolutismo político, liberalismo económico" (Brasil, Argentina, Paraguay, Colombia, etcétera) y la orientación de los aparatos militares latinoamericanos hacia la constitución de un cordón de "seguridad política" del sistema hemisférico de dependencia.